

SERGIO DEL MOLINO

Escritor y periodista. Autor de *La España vacía*

“Intento desmontar el mito arcádico neorruralista: en los pueblos vive gente como nosotros, los de ciudad”

Texto: Joaquín Fernández Sánchez. Fotografías: Ignacio Fernández Bayo

La *España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, de Sergio del Molino (Madrid, 1979), se ha convertido de manera inesperada en un éxito editorial que ha procurado todo tipo de parabienes al autor. Pudiera ser la primera vez en mucho tiempo que un libro sobre el mundo rural agote en pocas semanas la primera tirada y acapare críticas favorables en los principales suplementos culturales. Su punto de partida es el gran éxodo de población rural a las ciudades en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, que afectó a la mitad del territorio nacional (268.083 kilómetros cuadrados). De “gran trauma” lo califica Sergio del Molino, que lógicamente habla también de la España llena (una no se entiende sin la otra). Sergio del Molino ha escrito otros seis libros (*La hora violeta*, *Lo que a nadie le importa*, etc.) y colabora asiduamente en varios medios de comunicación. Viajero infatigable por pueblos y ciudades de España, pese a todo concluye: “Hemos logrado un país bastante habitable”.

Pregunta: ¿Qué es el “Gran Trauma”, así con mayúsculas?

Sergio del Molino: Es el momento de la última despoblación, la gran oleada de éxodo rural que se produce en España en la década de los cincuenta/ sesenta, cuando las grandes ciudades españolas triplican su tamaño y casi su población en apenas 20 años. Catorce provincias del centro del país, lo que yo llamo la “España vacía”, entraron en declive rural con una pérdida de población irrecuperable, produciéndose lo que los técnicos denominan desiertos demográficos. El “gran trauma” ahonda un desequilibrio que ya existía, pero el contraste en ese momento es brutal y condiciona mucho la estructura social y las relaciones entre los españoles en las décadas posteriores.

P: Ya existía, en efecto, porque usted mismo escribe que *la España vacía nunca estuvo llena*.

S. del M: Sí, aunque no tan urbanizada. El contraste entre la dos Españas (la vacía y la llena) se agudiza en esos años y el proceso de despoblación

no tiene parangón con los países europeos de nuestro entorno. La brecha es mucho mayor que la de Francia, Italia o Alemania. Esto es el “gran trauma”, una especie de año cero que sirve para reinterpretar la historia del país.

P: ¿Y por qué es tan diferente en nuestro caso? ¿Es porque nuestros pueblos son, en general, más desahucados que los de buena parte de Europa?

S. del M: Todo se explica por razones económicas fundamentalmente. España tiene un campo mucho más pobre, que no da para hacerse un prototipo de casa ideal, quizás con la salvedad del norte o de Cataluña. La subsistencia solo da para casas apiñadas en pueblos apiñados. De todos modos, hay sitios muy feos donde la gente vive agradablemente.

P: También ironiza sobre algunos pueblos rehabilitados con mayor o menor fortuna, que buscan la complicidad del turista.



S. del M: Claro que ironizo, porque eso también supone una forma de homogeneización. Ese empeño en recrear un pasado ideal me parece un poco ingenuo. Lo feo y lo decadente tienen la fuerza inspiradora del lugar vivido o destruido que no tiene para mí la reconstrucción, el *postalismo*, que al final transmite una sensación muerta. Prefiero un lugar feo a otro reconstruido.

P: Este es un ensayo literario y por eso se entiende que no ahonde en las causas que han provocado la España vacía, salvo una cita al franquismo...

S. del M: Me interesa el punto de partida no como indagación de por qué está así. No trato de hacer un estudio exhaustivo de las causas, que además no me corresponde. Hablo de Franco por esa sensación de la España vacía de que son ciudadanos de segunda, arrumbados y marginados. Reflejo cierto victimismo muy arraigado en el campo español, no siempre de manera justificada, pero no me regodeo. El Estado está ahí, pero ellos se sienten marginados del discurso oficial, como demuestran las dificultades para que estos temas salgan en los medios de comunicación. El victimismo, o el resentimiento, mejor dicho, no es la estrategia de seducción más adecuada para copar el espacio público.

“Reflejo cierto victimismo muy arraigado en el campo español. El Estado está ahí, pero ellos se sienten marginados del discurso oficial”

P: El éxodo rural se hubiera producido en cualquier caso, ¿no cree?

S. del M: Sin duda, porque es una tendencia de toda sociedad desarrollada, y seguirá siendo así. La cuestión es que con un Gobierno democrático y una opinión pública libre los efectos desastrosos del éxodo rural se habrían amortiguado, no sé si con una reforma agraria o de alguna otra manera. El franquismo no fue la causa sino un acelerante.

P: Que este fenómeno es irreversible lo prueba el hecho de que la crisis no ha producido un éxodo a la inversa, aun a pequeña escala.

S. del M: Totalmente. ¿Volver a qué? La agricultura es una actividad muy tecnificada y especializada. No puedes volver

a plantar tomates porque no sabes. Ser agricultor hoy es difícil, requiere formación y dinero para moverse en un mercado tan competitivo. La imagen que tenemos del agricultor

subvencionado es falsa, porque debe manejarse en mercados globales donde operan tiburones brutales. No vale esa idea romántica de que cualquiera puede ser agricultor.

P: Le cito: “Todas las tensiones entre lo urbano y lo rural se han sufrido en España con dramatismo raro y exótico”.

S. del M: Es una constante cultural de nuestro país esa que- rrencia por lo trágico que atraviesa toda la cultura. Hay

un tremendismo cultural que se rastrea en las visiones que la literatura y el arte tienen de la sociedad. Es una forma de ser nuestra que acaba repercutiendo en una tragedia real porque tenemos una historia bastante violenta. No más que el resto de Europa, pero nos hemos empleado a fondo en ella.

P: *Comienza el libro con un suceso violento y luego dedica un capítulo fantástico al crimen de Fago, que usted vivió en primera línea como periodista.*

S. del M: El libro está escrito por alguien que vive en la ciudad e intenta acercarse a la gente de la España vacía, comprender qué hay al otro lado. Toda incompreensión empieza por un prejuicio y uno de los más claros de la gente de la ciudad respecto a los del campo tiene que ver con la violencia, con la situación de rechazo y depresión social que hay en las comunidades pequeñas. Esa visión del campo como un lugar donde pasan cosas espantosas no se sostiene. Le presto atención para luego darle la vuelta. Los pueblos de España no son lugares donde el odio fermenta.

P: *Me ha sorprendido ese detalle que apunta de que el criminal y la víctima de Fago eran neorrurales.*

S. del M: He tenido la mala suerte de encontrarme con casos así en algunas comunidades neorrurales. Unas funcionan y otras no. Ello se debe a que muchos iban con el mito contrario al de la España negra, que es el mito de la Arcadia, y no han soportado la confrontación con la realidad; el pasar un invierno aislado sin nada para entretenerse, a veces sin luz incluso, y pueden acabar matándose o explotando por algún lado. Aunque tiene algunos hitos, el neorruralismo en España ha sido en general anecdótico y en buena medida ha fracasado por empeñarse en cultivar ese mito arcádico que yo intento desmontar. Los pueblos son lugares donde vive gente como nosotros, los de ciudad. Allí donde la repoblación ha funcionado es donde hay gente con una psique sensata y fuerte. Quien se agarra a los tópicos no aguanta.

P: *El mundo rural está falto de un relato, dice, ¿quién debería escribirlo?*

S. del M: Ya no queda nadie. Lo que ahora llamamos mundo rural es un lugar tan distinto, desligado

“Catorce provincias del centro, lo que yo llamo la ‘España vacía’, entraron en declive; son desiertos demográficos”

de lo que fue su historia, que yo lo veo difícil. Se ha perdido la oportunidad. Mi libro es un relato, pero no sustituye a aquel, lo que he pretendido es poner sobre la mesa algunas cuestiones para el debate. Una de mis obsesiones literarias es quién habla en nombre de quién. Desconfío de los portavoces y de quienes se

erigen en voz de los sin voz. La gente tiene que construir su propio relato, que en este caso ha sido usurpado durante mucho tiempo, incluso desde la tradición literaria que lo ha contado. Es una tradición usurpada en buena medida.

P: *Pero también señala que mucha gente se aferra a sus mitos con uñas y dientes.*

S. del M: Mientras se los crean funcionan como una amalgama social brutal. Cuanto más pequeña es una comunidad, más fuertes son sus mitos. En el libro me hago eco de la apropiación del *Quijote* por cantidad de pueblos. Me parece muy interesante cómo la ficción se toma por realidad, porque ahí se puede rastrear la formación del orgullo identitario de los lugares. No está del todo mal para quienes tienen la autoestima muy machacada y han sido olvidados por la historia.

P: *Escribe que “Cervantes sabe que a los españoles les avergüenza el erial”, y que “la condición sacra del Quijote obliga a pasar por él cada vez que alguien piensa sobre España”.*

S. del M: El *Quijote* es la referencia insoslayable, el libro fundamental de la cultura española con el que tenemos que dialogar para ir a favor o en contra. Es nuestro mito fundacional, un texto con un carácter casi religioso, como si fuera la Biblia. En el momento que desaparezca esa necesidad de volver a él se habrá destruido cualquier posibilidad de cultura española. Cuando ya no nos parezca necesario estaremos en otra cultura, en otra fase histórica.

P: *“La España romántica -dice- se levanta desde los márgenes y, poco a poco, libra una batalla fatigosa contra el Quijote”. ¿Cómo es la España inventada por los románticos?*

S. del M: Su visión es decisiva porque, como han explicado otros historiadores, de manera paradójica, a mediados del siglo XIX imponen una visión tópica de España desde fuera. A partir de *Carmen* todo es moruno. Gautier llega a decir que

Irún lo es. Esa imagen falsa, altiva, despectiva y llena de prejuicios se consolida e incluso nuestros intelectuales la asumen como propia en vez de rechazarla... Lorca, Falla, la generación del 98 y la del 27, la Edad de Plata... todos aceptan esa imagen y la reconstruyen haciendo un pastiche. Creo que esto ha embarullado mucho el debate y ha agrandado la barrera de incompreensión con el otro, el campesino.

P: *Cita a Miguel Delibes, a Julio Llamazares, a Muñoz Molina y a otros escritores actuales (de “querencia rural” les llama), y obras más recientes de Jesús Carrasco, Lara Moreno... para concluir: “Hay algo en mi generación que llama a los orígenes, que invoca las viejas mitologías y que aspira a recrearlas o a jugar con ellas desde la contemporaneidad”. Su libro forma parte también de ese fenómeno, y de qué manera. ¿Qué les pasa a los hijos y a los nietos del éxodo?*

S. del M: Creo que tiene que ver con la destrucción del relato nacional. Una literatura y un arte es nacional en la medida que apelan al aquí y al ahora. En la literatura americana o francesa hay esa apelación constante a la nación (quiénes somos, cómo convivimos). Aquí tratamos de buscar esa identidad desde la intimidad y, al rastrearla, muchos escritores se han encontrado con que proceden de la España vacía. Un lugar para ellos extraño que forma parte de su genealogía familiar. Mucha gente ha vuelto la mirada a la España vacía y ha explicitado su presencia fantasmal en la España llena.

P: *Muchos madrileños lamentan no tener un pueblo de referencia.*

S. del M: No necesitas un pueblo, necesitas una identidad. En muchos casos, los padres y los abuelos tienen una relación peculiar con un lugar que a lo mejor tú desconoces e intentas explicártelo; cuando lo haces desde la literatura se explicita algo que millones de españoles llevan dentro.

P: *¿Tiene algo que ver con esto la reivindicación del barrio en las ciudades, el barrio como sustituto del pueblo?*

S. del M: No. Toda identidad tiene que ver con el orgullo y también con un sentimiento de victimización, pero lo cierto es que fue el éxodo rural quien conformó esos barrios. El barrio no supe al pueblo, pero en cierto modo están interconectados. La reivindicación del barrio siempre ha existido y se han trasladado conflictos sociales a la geografía misma de la ciudad.

P: *Me gustaría terminar con una impresión suya sobre este país que patea mucho.*

S. del M: España es un país que sigue manteniendo unas condiciones habitables. Es un país agradable y viajar por él es una experiencia cómoda y grata, incluso por lugares remotos. Ya no es un lugar para conquistar, no hay sitios desconocidos. España es un país “aburrido” y estandarizado a la europea, pero sigue siendo muy satisfactorio patearlo e identificar las huellas de un pasado dramático y miserable del que ya solo se perciben los fantasmas. Tienes la sensación de estar recorriendo un país que ha triunfado y ha sido capaz de sobreponerse a una historia secular de mugre, miseria y violencia. Hemos logrado un país bastante habitable y debemos reconocerlo sin la necesidad de exaltaciones patrióticas. **R**

